

Mauro Basaure:

“Cecilia Morel habló de ‘invasión alienígena’ y no estaba del todo errada”



FOTOGRAFÍA: CLAUDIO CORTÉS V

Por **Martín Romero E.**

Desde el año pasado Mauro Basaure lidera un proyecto de investigación —financiado por Fondecyt— en el que estudia mensajes de Twitter (hoy «X») recogidos durante los días posteriores al 18 de octubre de 2019. La idea, a cinco años de un evento que pocos comprenden del todo, es tratar de entender la justificación y la crítica a la violencia surgida en aquellos días.

Sociólogo de la U. de Chile y doctor en Filosofía y Ciencias de la Historia en la Universidad de Frankfurt, Basaure dice que “es erróneo decir que fue Chile o el pueblo chileno quien estalló; una parte igualmente significativa de la población no lo hizo y en cambio observaba horrorizada los hechos”.

Si se le pregunta a este investigador del COES y académico de la U. Andrés Bello, experto en teoría social y memoria política, ¿qué fue octubre de 2019?, dirá algo que en principio suena a paradoja: la entrada a una nueva época que, sin embargo, hace recordar una etapa premoderna.

Se explica: “Las sociedades continúan generando sentimientos de injusticia y rabia en las personas, pero, como ocurría antes de la emergencia de los movimientos políticos de izquierda, carecen de mecanismos para canalizarlos políticamente y convertirlos en una fuerza creativa que promueva el cambio y el progreso. Es la

“Alien es algo tan extraño e inédito que desborda las categorías usuales de análisis”, dice el sociólogo, investigador del COES y de la Universidad Andrés Bello, sobre el intento de comprender el estallido a cinco años de producirse.

crisis de representación, sí, pero la de los partidos de izquierda, que en el mundo moderno fueron los encargados de canalizar y gestionar creativamente la rabia y el resentimiento. Hoy, con una izquierda en crisis, la respuesta frente a la irrupción de esa rabia en forma de violencia explosiva se reduce a su condena y a su represión”.

“Las personas distinguen distintos tipos de violencia”

—¿Por qué crees que ha costado tanto comprender el 18-O?

—Debido a su novedad y complejidad. Cecilia Morel habló de “invasión alienígena” y no estaba del todo errada: alien es algo tan extraño e inédito que desborda las categorías usuales de análisis. Aunque se hable del 18-O, ¿cuándo comenzó? ¿Cuándo terminó? Resulta limitado verlo como una simple prolongación de las demandas de movimientos sociales previos, y más aún reducirlo al primer proceso constituyente. No tuvo líderes formales, los rechazó en favor de figuras y expresiones espontáneas; no hubo una agenda definida ni demandas específicas. Descentralizado y horizontal, el movimiento creció con el impulso de las redes sociales y una vibrante producción visual y estética. En el proceso emergió un lenguaje común de lucha, traducido en slogans e imágenes. Pero los hechos sorprendieron también a los participantes directos; por eso resulta curioso que algu-

nos digan haberlo anticipado o se exija a los centros de estudio que lo hayan previsto.

—¿Cómo ves el comportamiento de la izquierda durante los días posteriores al 18-O? La presidenta del PS, Paulina Vodanovic, dijo en su momento que “el gran error que cometimos el 18 de octubre fue quedarnos callados (...) no condenar tajantemente la violencia”.

—Algunos pocos decidieron justificar la violencia públicamente. Otros optaron por el silencio público y la justificación en privado, para posteriormente condenarla. Esto revela una relación no resuelta de la izquierda institucional con la violencia. Lo cierto es que la violencia del estallido está completamente desvinculada de la izquierda institucional, surgiendo, en parte, porque sus partidos ya no canalizan el descontento, dando paso a una violencia sin objetivo instrumental ni ideología definida. El mensaje de esa violencia es precisamente su falta de un sentido claro.

—¿Crees que la derecha tomó nota de lo sucedido? Uno ve cierta tentación de volver al orden de cosas existente al 17 de octubre de 2019.

—La derecha aplica dos reducciones al estallido: lo reduce a mera violencia y esta, a su vez, a odio o resentimiento. Al hacerlo, ignora el mensaje expresado también en las numerosas expresiones de acción colectiva, desde las marchas multitudinarias hasta las ollas comunes y reu-

niones barriales. Además, patologiza la violencia, asimilándola a delincuencia. Si se percibe el estallido solo como violencia delincuencia, la respuesta será únicamente policial, lo cual es un error.

—**Estás investigando el cómo se entendió la violencia por aquellos días. ¿Sientes que hubo un apoyo mayoritario a su utilización?**

—Al igual que en las encuestas de ese momento, vemos un apoyo inusualmente alto a las manifestaciones, incluso en su forma violenta. Pero no se debe olvidar que, aunque un número muy alto justificó la violencia, otros tantos la rechazaron, polarizando las opiniones en torno a un 50/50.

—**¿Qué otros detalles te ha revelado el estudio?**

—Las emociones más mencionadas eran "rabia" y "odio", mostrando la intensidad del compromiso afectivo que generó el estallido. Simplificando, la "rabia" se usa para argumentar que la violencia tenía causas históricas y profundas ("son 30 años"). En cambio, "odio" se usa para señalar que la violencia surge de impulsos individuales destructivos. La "rabia" colectiviza y justifica; el "odio" individualiza y condena. En este contexto, "rabia" se vincula con el vocabulario de la izquierda y "odio" con el de la derecha.

—**En el 18-O hubo varios tipos de "violencias". ¿Crees que la gente diferenció un tipo de violencia más "justa", por decirlo así, de otras cuyo fin era más irracional?**

—Las personas no solo distinguen entre distintos tipos de violencia, sino que, en función de ello, la justifican o condenan en mayor o menor medida. Diferencian la violencia como expresión de rabia acumulada por abusos e injusticias, de la violencia como respuesta a la represión policial. Ambos tipos de violencia tuvieron altos niveles de justificación. Sin embargo, ello no es igual frente a actos como la quema del Metro, iglesias, monumentos y saqueos. Las personas pueden justificar la protesta violenta como expresión de descontento social en abstracto, aunque no lo hagan tanto respecto a hechos concretos y tangibles.

"Vivimos en una sociedad impotente"

—**Si uno mira los números de la encuesta CEP, el apoyo al estallido pasó del 55% en diciembre de 2019 a 23% en septiembre de este año. Quizás esa desafección tiene que ver con esa violencia tangible de la que hablas, más que con el rechazo a las demandas que se instalan. ¿Cómo lo ves tú?**

—Se trata de eso, pero también del hecho de que el estallido no condujo a cambios sustantivos en sentido positivo. El sistema político logró canalizar el estallido hacia la cuestión constitucional, intercambiando paz social por una promesa de transformación a través de vías institucionales, lo cual resultó en un fracaso total. La violencia no se justifica únicamente por sus causas, sino también por las con-

secuencias.

—**El último informe del PNUD dice que las personas siguen creyendo en los cambios profundos. Ahora, ¿crees que los anhelos de hoy son similares a los de octubre de 2019?**

—Para hablar de demandas con precisión, es necesario retroceder al período anterior al estallido (2006-2018), cuando movimientos sociales organizados, con líderes y estructuras definidas, plantearon demandas concretas que se convirtieron en temas prioritarios. Estas demandas lograron expresarse en el estallido, aunque debieron ser adaptadas a los códigos de este: sin representación partidaria, sin liderazgo centralizado, ni vínculo alguno con el sistema político institucional. En 2020, la preocupación ciudadana giró hacia la pandemia y luego se entronaron temas como la delincuencia, el narcotráfico y la migración, todos asociados a miedos, y luego la corrupción. Estos temores ya existían antes del estallido, pero compartían relevancia con las demandas previas, que ahora han disminuido drásticamente en importancia. Aunque persisten, su capacidad para presionar al sistema político es mucho menor.

—**Ya es lugar común decir que la elite está alejada de los temas que le importan a los ciudadanos y más preocupada de los resultados electorales. Pero el sociólogo Manuel Canales ha apuntado a una cosa distinta: "la clase dirigente, el sistema político, no sabe qué hacer con la desigualdad". En ese contexto: ¿cuánto hay de incapacidad estructural, hasta intelectual si quieres, del sistema político para procesar los conflictos?**

—Por un lado, el sistema político sigue sus propias lógicas internas, enfocándose en su supervivencia. Los políticos priorizan las elecciones y su permanencia en el poder, mostrando cierta indiferencia hacia las demandas ciudadanas. Por otro lado, la legitimidad del sistema político depende de la ciudadanía, lo que lo obliga a reconocer ciertas demandas sociales. Sin embargo, está atrapado en un modelo económico que genera desigualdad y precarización. La política chilena se rige por una lógica de crecimiento económico que no está produciendo resultados significativos y, al mismo tiempo, impide cambios relevantes, precisamente porque se dice que ellos ponen en riesgo dicho crecimiento. Al intentar responder a las demandas ciudadanas, el sistema político choca con la estructura económica. Esta contradicción entre atender a la ciudadanía y preservar el modelo económico deja al sistema en una parálisis: parece abierto a los problemas, pero en realidad es incapaz de resolverlos, lo que socava su legitimidad, como reflejan las encuestas.

—**Algunos venden la reforma al sistema político como la panacea para terminar con el bloqueo partidario, manejar los disensos y alcanzar acuerdos. ¿Crees que aquello puede resolver la crisis?**

—En Chile existe una fuerte tendencia al legalismo: la creencia de que los problemas se resuelven mediante leyes. Paralela-

mente, hay una inclinación hacia el "politicismo", que supone que todo lo relevante ocurre a través del Estado y la política. Es una visión dominante tanto en los medios como en la intelectualidad, especialmente en disciplinas como la historia y la sociología, donde las figuras destacadas suelen enfocarse en el estudio del Estado y el sistema político. Esta tradición "legalista-politica" tiene problemas importantes, siendo el principal la ceguera ante lo que ocurre fuera del ámbito político y jurídico, pero que impacta directamente en él.

—**Un poco a lo que apunta el trabajo del PNUD, una incapacidad para cambiar.**

—Vivimos en lo que llamo una "sociedad impotente": enfrenta problemas graves, pero carece de mecanismos estructurales para resolverlos. Todas las sociedades tienen dificultades, pero no todas son incapaces de enfrentarlas. En Chile predomina un familismo individualista que obstaculiza el abordaje de problemas públicos. El compromiso y la confianza se limitan a los lazos afectivos, mientras que, frente al resto, predomina una postura estratégica e individualista. El informe del PNUD refleja esta realidad. Si una mayoría identifica un problema y acuerda una solución, la gente solo la apoyará mientras no afecte su esfera personal o familiar; así enfrentamos una limitación que trasciende las reformas políticas. Una sociedad impotente, familista e individualista tiende a esperar la llegada de un líder "superhéroe" que resuelva los problemas de una vez, afectando a otros y sin tocar la esfera personal o familiar.

—**Analistas como Carlos Correa o Max Colodro señalan que están dadas las condiciones para el surgimiento de un liderazgo político autoritario. ¿Es tan así?**

—Chile se encuentra en una posición delicada, como un equilibrista sobre la cuerda floja, sostenido por condiciones que inhiben la aparición de liderazgos autoritarios, pero amenazado de caer por factores que facilitan su emergencia. Aún es mayoritario el porcentaje de personas que considera la democracia como el mejor sistema de Gobierno, aunque este respaldo ha disminuido, especialmente entre los jóvenes. Estos muestran una orientación progresista en temas de derechos individuales y colectivos. Sin embargo, la percepción de inseguridad es altísima y suele asociarse a la inmigración, acompañada de una disposición considerable a sacrificar libertades en favor de mayor seguridad. La desconfianza es igualmente intensa, tanto en instituciones como en personas fuera del círculo cercano. Hay un descontento extendido hacia las élites y una percepción de concentración de recursos y oportunidades en torno a ellas, alimentando la sensación de una desigualdad insalvable. Muchos empiezan a descreer en la movilidad social basada en el esfuerzo personal y pierden confianza en el futuro propio y de sus hijos, generando un clima de creciente pesimismo y percepción de estancamiento.



Las personas pueden justificar la protesta violenta como expresión de descontento social en abstracto, aunque no lo hagan tanto respecto a hechos concretos y tangibles".



En Chile predomina un familismo individualista que obstaculiza el abordaje de problemas públicos. El compromiso y la confianza se limitan a los lazos afectivos".